
Los maestros rurales en la educación Socialista. Testimonios

Salvador Camacho Sandoval*

El Museo de Culturas Populares de la Secretaría de Educación Pública (SEP) convocó a un concurso con el tema "El maestro y la cultura nacional". La respuesta fue inmediata y al finalizar el plazo establecido más de un centenar de personas, la mayor parte profesores de primaria, había entregado su material.

Un grupo de investigadores y estudiantes del DIE-CINVESTAV, convencido de que los testimonios constituyen un recurso insustituible para el análisis del desarrollo histórico de la educación en nuestro país, decidió estudiar el material recopilado, en especial los 45 relatos escogidos para su publicación. En este artículo se presenta una síntesis de ese estudio que se centra en el periodo cardenista.

Una de las medidas más importantes, aunque a la vez más controvertidas, llevadas a cabo durante el cardenismo fué la educación socialista. El Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario (PNR) de 1933, contemplaba la necesidad de realizar cambios sustantivos en la educación del país, rescatando a la vez añejas tendencias radicales que habían surgido desde el estallido revolucionario y que no se habían hecho realidad.

* Departamento de Investigaciones Educativas, CINVESTAV, IPN. Este artículo fue presentado en el "Encuentro de Historia Regional de la Educación". Forma parte de un trabajo más amplio elaborado por Ma. Candelaria Valdés, Ana María Cerda, Ma. de Lourdes Cuevas y Salvador Camacho.

Una vez electo, Cárdenas reiteró su compromiso de impulsar la educación socialista, definida como un instrumento que coadyuvara a la abolición de un régimen económico individualista y a la creación de una economía colectivizada en beneficio de los trabajadores.¹ En octubre de 1934, el artículo 3o. constitucional fue reformado.

Para un gran número de personas, y aun para los mismos profesores y funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, el significado de la educación socialista resultaba ambiguo y contradictorio. Claro ejemplo de esto lo constituyen las declaraciones de un vocero de la SEP:

la escuela socialista que andamos buscando ahora, con tanto anhelo, y para lo cual no hemos podido formular la doctrina todavía, ni hemos encontrado aún las prácticas que deben integrarla. No la hemos podido encontrar, pero estén seguros, señores maestros, de que ella existe y de que debe llamarse sin duda escuela proletaria.²

Con el propósito de aclarar en qué consistía la escuela socialista y cuál tendría que ser su contenido, la SEP realizó esfuerzos significativos para divulgar, por lo menos, las tesis centrales del nuevo proyecto. Años después de la reforma constitucional, todavía el Instituto de Orientación Socialista y otras instancias realizaban conferencias, publicaban documentos dirigidos a la población y, especialmente, a los maestros. No obstante

estos esfuerzos por lograr que se comprendiera algo de lo que ni ellos mismos tenían claro, prevalecía el desconcierto y cada profesor finalmente se formaba una concepción de lo que era la educación socialista:

Los maestros interpretaron como pudieron o como quisieron dicha reforma constitucional —dice una profesora de Aguascalientes— y se enfrascaron en un clima de controversia violenta. . . lo único que comprendíamos era que el General Cárdenas tenía la firme voluntad de que los niños, hombres y mujeres humildes de nuestro país fueran educados en la mejor manera posible, para que ellos mismos elevaran su nivel de vida, en virtud de que la existencia rural en el país era en extremo miserable.³

La diversidad de interpretaciones reflejaba posiciones opuestas con respecto a la educación socialista. Mientras que para unos ésta significaba el respeto hacia todo pensamiento y religión, para otros representaba el anticlericalismo propio del exacerbado jacobismo callista. Muchos se consideraban portadores de la verdad socialista, pero, en realidad, la formación e intereses de los profesores, las condiciones de trabajo y las relaciones con la comunidad imprimían una visión muy particular; por ejemplo una maestra queretana narra:

Algunos maestros se extralimitaban en sus ideas, no supieron comprender la verdadera ideología de la escuela socialista. Creían que esa orientación consistía en hablar de Rusia, hablar del comunismo, y no era esto, era cultivar en la mentalidad del campesino su igualdad con toda la gente del mundo. . . proponiéndose eliminar sus complejos de inferioridad.⁴

La reforma educativa, con todas sus vicisitudes, tuvo que pasar del discurso a la práctica, y el trabajo en el aula se constituía, por consiguiente, en un reto a vencer. Las interrogantes inevitables fueron ¿qué contenidos eran los adecuados para transmitir a los niños “un concepto racional y

exacto del universo y de la vida social? y ¿cuáles métodos eran los más convenientes para enseñar dichos contenidos? Aparentemente, el problema quedaba resuelto cuando se elaboraron nuevos programas y libros de texto. Su viabilidad, sin embargo, dependía de los profesores, pues eran ellos, en última instancia, los responsables de su operatividad. Por la manera como el proyecto comenzó a implementarse y también por su contenido, no todos los profesores lo apoyaban. Un profesor poblano comenta su experiencia:

Los programas para la implantación de la escuela socialista llegaron a las comunidades rurales en forma sorpresiva, afectando en primer término a nosotros los maestros que careciendo aún de una preparación pedagógica completa. . . nos vimos de pronto abrumados por una literatura que esbozaba los principios filosóficos de la reforma educativa, que abandonaba el carácter formal pedagógico al que estábamos acostumbrados y asumía el carácter de una ideología política con aspectos dogmáticos.⁵

Era en la práctica cotidiana donde los profesores decidían finalmente los contenidos y los métodos escolares. Algunos de ellos preferían continuar con lo ya conocido y, sin mucha crítica, nulificaban los esfuerzos por cumplir con los nuevos objetivos del proyecto cardenista. El mismo método natural de la lecto-escritura, que se aplicaba antes del cardenismo, implicaba dificultades que eran enfrentadas de modo distinto por los profesores.

Los maestros serranos —dice un profesor rural— no lograron dominar la inducción de la enseñanza por el método natural. Unos cuantos se interesaron por practicarlo; algunos inventaron sus propios métodos. . . otros no se arriesgaban a practicarlos por el temor a fracasar; llegaban a la escolita y decían: mejor ya lo practicado y conocido.⁶

El Método de Sistema de Proyectos era más complejo para la enseñanza de la lecto-escritura y resultaba relativamente más fácil de aplicar

con los niños de primaria, ya que se podía vincular con la práctica de los talleres, granjas escolares, parcelas, etcétera. La maestra Paula García narra la manera como trabajaba con sus alumnos algunos temas para el estudio de la naturaleza:

se tomaron en cuenta técnicas especiales como la observación directa y entrevista. . . Los recursos a emplear fueron las excursiones, visitas y paseos a los sembradíos, hueras y grietas del volcán.⁷

En realidad, la educación para el trabajo y las actividades escolares en talleres, granjas y parcelas se efectuaron desde antes de la reforma del artículo 3o, y sólo se hicieron algunas modificaciones acordes a las nuevas condiciones, sin que ello significara un cambio sustancial en la vida escolar. De igual manera, algunos maestros rurales seguían utilizando el libro de texto *El Sembrador*, editado en 1929, como un instrumento útil para el tipo de educación que se deseaba.

funcionaba para todos los grados —muy adecuado al medio campesino. Daba gusto trabajar con él —comenta una maestra rural. Trataba de temas agrarios, sobre las estaciones del año, orientaciones para el ahorro del agua. . . también servía para temas que se trataban con los padres de familia durante las tardes, en pláticas de orientación social, tocando temas como el alcoholismo y los derechos de los campesinos.⁸

Ante las disposiciones de la SEP de que los programas tuvieran elementos que formaran en los niños los valores de una moral socialista y reivindicaran las conquistas de la Revolución de 1910, la enseñanza de la historia se constituyó en un eje central de la nueva tendencia educativa. Se inculcaban los principios de justicia social como aspectos fundamentales de la Revolución Mexicana y de la futura sociedad, para lo cual se exaltaban sucesos y héroes y se discutía sobre las condiciones reales de los trabajadores de la época. Pero, según el profesor William Brito, no era tarea fácil “explicarles a los estudiantes el grado de

miseria en que ellos vivían a pesar de que sus padres trabajaban intensamente”, ni inculcar valores y actitudes en los niños campesinos para que se sintieran “orgullosos de su raza y de su cultura”.⁹ Al igual que en los primeros años de la post-revolución, los maestros rurales tuvieron que resolver por su cuenta problemas relativos a su labor escolar —frecuentemente ignorados por los programas y autoridades de la SEP—, tales como la atención a grupos numerosos y con diferencias de edad y conocimientos, la escasez de material didáctico, las precarias condiciones de los edificios escolares o su inexistencia y la oposición de los padres de familia a la educación socialista al extremo de la violencia física. Una maestra de Calvillo, Aguascalientes, relata:

No fue fácil el inicio, ni los tiempos siguientes. En aquellos años parecía ser que la mayor parte de los integrantes de la iglesia no quería que se enseñara a leer y escribir a los niños. . . Los maestros tuvimos la necesidad de visitar casa por casa, principalmente la de los agraristas, para convencerlos de que enviaran a sus hijos a la escuela, a los que en muchas ocasiones les dábamos clases a campo libre, ya fuera a la orilla del río o bajo la sombra de los árboles.¹⁰

No era extraño que la construcción de la escuela la hiciera el maestro con o sin apoyo de la comunidad y, una vez adentro, él mismo distribuyera el espacio para realizar mejor las actividades escolares. Adela Huizar comenta cómo colocó al heterogéneo conjunto de niños con el que debía laborar el año escolar:

Frente a un muro los de 5 a 7 años; frente al otro muro los de 8 a 10 años; los 15 que sabían leer los iba a situar en el tercer muro y los 5 que tenían comprobante de estudios, frente al cuarto muro.¹¹

Como los planes de trabajo asignados por la SEP abarcaban, además de los aspectos académicos, actividades de carácter social, muchos profesores no se limitaban a la enseñanza en el aula sino que intentaban realizar acciones que coad-

yuvaran al mejoramiento de la vida de los habitantes. Para cumplir con este propósito social, dice un profesor duranguense:

Al llegar al pueblo, lo primero que hacía el maestro rural era observar la comunidad: cultura, lenguaje, pobreza, riqueza, ganadería, agricultura. . . factores importantes para desarrollar un plan de trabajo durante el año escolar.¹²

Este proyecto social era parte de la formación de los estudiantes normalistas y de los profesores en servicio. En él se inculcaba una mística de servicio a la comunidad y de apostolado.

Los maestros nos aconsejaban —menciona un profesor que recuerda su formación docente— buscar arraigo con los campesinos ya que seríamos los defensores de sus intereses y protectores de su trabajo, enseñándoles a trabajar la tierra con mejores métodos, así como de sus derechos y obligaciones.¹³

Esta ideología, un tanto de promoción social y redención humanitaria, se difundía a través de las escuelas normales, los Centros Regionales Campesinos, los Centros de Cooperación Pedagógica y las Misiones Culturales. Hay que señalar, sin embargo, que históricamente esta ideología se encontraba ya en la época vasconcelista y en la Escuela Rural Mexicana.

Aunada a esta visión de la actividad docente, los profesores también recibían instrucción para la adquisición de habilidades y conocimientos técnicos no sólo en el campo de la enseñanza, sino también en otros de carácter práctico que fueran de utilidad a la comunidad. Las Misiones Culturales fueron una de las principales instancias para ello. Según la maestra Paula García tenían como objetivo fundamental que el profesor, a través de la práctica, adquiriera conocimientos “en los aspectos pedagógicos, culturales y sociales que le sirvieran de base para conducir con mayor eficiencia la obra educativa de México”.¹⁴

La formación de profesores en servicio se proporcionaba de modo intensivo y mediante

una gran cantidad de cursos de diversa índole, tal como lo narra el profesor Salvador Campuzano:

Aquellos centros eran agotadores pues incluían en su kilométrico programa de trabajo no sólo la parte académica, instrucción administrativa, juegos y deportes, sino plantación de árboles, excavación de letrinas, decoración de teatro al aire libre, pláticas de higiene. . . total, quedábamos agotados, somnolientos y todavía algunas comunidades nos ofrecían un baile para agradecerlos haber escogido su ranchería para llevar a cabo el Centro y por los beneficios que les dejábamos.¹⁵

Además de los cursos escolares, los maestros se formaban a través de otros medios, como la comunicación cotidiana entre compañeros de trabajo y la lectura personal de textos, entre los que resalta *El Maestro Rural*, que fue concebido por los profesores mismos como el “insustituible consejero para la labor docente y social”. Pero, sin lugar a dudas, la experiencia, el constante enfrentamiento con las dificultades y obstáculos propios del trabajo, eran el mejor maestro de los maestros. De la experiencia con los alumnos y con la comunidad entera surgían los medios y las estrategias más idóneas para responder a las necesidades reales y más apremiantes de la población.

Si bien es cierto que la tarea del profesor como promotor social no fue exclusiva del cardenismo, también es verdad que durante este periodo esta labor cobraba un sentido más radical y más apegado a un plan estructural mayor. Al profesor se le concebía como un importante agente del gobierno central para fortalecer su política de reformas sociales en el marco de un proyecto de modernización del país. Por medio de él, al mismo tiempo, se contribuía a reclutar la fuerza de las organizaciones obreras y campesinas, creando los canales y el ambiente propicio para instrumentar las medidas del gobierno central.

En este contexto, el profesor participaba no sólo en los asuntos educativos, sino particularmente en los asuntos más vitales de las comuni-



dades. El maestro cardenista realizaba campañas antialcohólicas, de salud e higiene; organizaba eventos deportivos y fiestas cívicas; impulsaba a los campesinos a defender el artículo 27 constitucional y agitaba a los obreros para que lucharan en defensa de sus derechos laborales. Huelga decir que una gran cantidad de profesores no trabajaban con esta bandera; unos eran pasivos, tradicionales y “apolíticos”, mientras que otros eran en exceso radicales y sobrepolitizados.

Los eventos deportivos, las fiestas cívicas, la construcción de caminos, las campañas de salud y otras actividades semejantes, aunque con diferentes características y orientación, eran, al parecer, comunes a todos los profesores rurales. Los deportes y las fiestas se utilizaban en ocasiones como estrategias para ganarse la confianza de los vecinos. Asimismo, las fiestas y ceremonias cívicas servían para inculcar los valores patrios y las concepciones sociopolíticas del régimen. La narración de una profesora de Querétaro ejemplifica esta situación:

Con la educación socialista empezamos a celebrar fiestas que antes no se tomaban en cuenta, como el primero de mayo, día del trabajo. Ese día se realizaba un desfile en grande y platicábamos con los niños sobre el por qué de esta celebración. La figura de los mártires de Chicago daba como efecto discusiones ávidas con los niños.¹⁶

En otras fiestas, con profesores más radicales, muchos de ellos miembros del Partido Comunista Mexicano, se difundían éstas y otras ideas propiamente socialistas apoyadas, a veces, por el gobierno. En Yucatán, por ejemplo, —comenta un profesor— se hacían carnavales en los que se exaltaba el comunismo entre el regocijo de jóvenes que vestían overoles en cuyo pecho estaba la hoz y el martillo, cantaban “La Internacional”, el “Himno Agrarista”, “Somos Pioneros” y otras melodías que hablaban del trabajo, igualdad, paz y fraternidad.¹⁷

Las campañas antialcohólicas, de higiene y salud, eran la continuación de las ya implementadas por Vasconcelos al inicio de los años veinte y, al parecer, la actitud paternal no había variado

en algunos profesores. Una maestra relata su experiencia:

En la junta de padres de familia se acordó llevar a cabo varias actividades en bien de la niñez y la comunidad en general, ya que el ejido por estar alejado de los centros urbanos carecía de los servicios de salud más indispensables.

La maestra, desde una visión urbana de los problemas del campo, proponía, además de vacunar a los niños, lavarse los dientes, bañarse y cambiarse de ropa dos veces por semana, cortarse el pelo y las uñas, usar pañuelo, etcétera.¹⁸

Al ser la Reforma Agraria una de las preocupaciones centrales del régimen de Cárdenas, algunos profesores rurales desempeñaban la función de promotores y organizadores de los campesinos para crear ejidos, cooperativas agrícolas, ligas campesinas y sindicatos. Dependiendo de las condiciones del lugar donde trabajaban, los profesores solían convertirse en agentes directos en la tramitación y dotación de tierras, representantes ante el Departamento Agrario y defensores de los intereses de los campesinos frente a hacendados y caciques.

Se apoyaba a los campesinos —dice un maestro— porque se pensaba que al recibir sus tierras y trabajarlas se convertirían en verdaderos mexicanos, capaces de resolver sus problemas económicos, contribuyendo al fortalecimiento de nuestra nación.¹⁹

También había profesores que tenían la misión de organizar sindicatos obreros en las comunidades fabriles, de propiciar un ambiente de lucha entre los trabajadores para que se respetaran sus derechos: salario mínimo, jornada de ocho horas, derecho a huelga, etcétera. Era común que las organizaciones se crearan a partir de iniciativas surgidas en los cursos de alfabetización de adultos y del contacto con los padres de los alumnos de las “Escuelas Artículo 123”. Tampoco era extraño que los maestros desempeñaran puestos de representación y autoridad, ya que al parecer de algunos: “los obreros carecían de

conocimientos para dirigir una reunión de carácter sindical"; además lo hacían porque tenían que "acatar órdenes superiores". Otras veces, los mismos obreros solicitaban el apoyo, según lo expresa una maestra de Chihuahua:

Los líderes de los obreros y en general todos los trabajadores nos estimaban mucho y cada sábado a las seis de la tarde nos invitaban a sus juntas para que los orientáramos con algún tema. Entre otros, los temas eran: lectura y explicación del artículo 123.²⁰

La política de defensa de la soberanía nacional del gobierno de Cárdenas llevó en 1938 a la expropiación del petróleo. Para evitar el choque frontal con los expropietarios, se acordó pagar parte del costo de la nacionalización solicitándole a la población su contribución para cubrir el monto de la deuda. Los profesores fueron, otra vez, agentes directos para llevar a buen término esta decisión, creando conciencia entre la gente sobre la importancia de la nacionalización del petróleo y organizando campañas de recolección de fondos.

Tres profesores describen sus experiencias en esta labor. Uno de ellos narra:

En una comunidad otomí se formó un comité para recabar fondos para el pago de la deuda y la totalidad de los vecinos ejidatarios cooperaron vendiendo la gallina, el chivo o el puerquito; algunos que no tenían daban lo de un día de trabajo. El caso es que nadie quedó sin cooperar.²¹

Otro cuenta que en un pueblo de Nayarit:

Se llevaban a cabo diversos programas literarios-musicales que se celebraban en el jardín principal, con el fin exclusivo de exaltar el fervor patrio y apoyar decididamente la medida tomada por el gobierno de la República cooperando aunque fuera con poco al pago de la deuda.²²

El tercero comenta que en una comunidad de Durango "las autoridades del pueblo mandaron

a México 3,124 pesos, producto del maíz de la cosecha de la parcela, para el pago de los pozos del petróleo".²³

Por las características de su función social y su posición ideológica y política respecto al trabajo que desempeñaban, no sólo con los niños sino también con los campesinos y obreros, los maestros enfrentaban la oposición de personas y grupos: hacendados y caciques afectados por la explotación de sus fincas, industriales que se veían dañados por la aplicación del artículo 123 constitucional y grupos conservadores y religiosos que rechazaban la educación socialista. La oposición se recrudecía y mostraba rasgos violentos, sobre todo en la región del centro del país. Por una parte prevalecía la deformación, los prejuicios y la manipulación, por otra, el dogmatismo, el radicalismo y la torpeza de no pocos maestros; pero sobre todo por los conflictos propios de la lucha de intereses que afectaban a un grupo de privilegiados.

Se crearon mitos y se hizo escándalo alrededor de lo que implicaba el socialismo en educación. Muchos maestros que no cambiaron en nada su posición y práctica docente con la reforma del artículo 3o. eran agredidos. El caso de un profesor que trabajaba en Aguascalientes ejemplifica esta situación. Describe el maestro de los años veinte:

el profesor era, a la vez que el maestro de escuela, consejero voluntario de las autoridades y de los hombres y mujeres con problemas, era el licenciado que defendía las causas nobles y justas, el médico que curaba lo mismo el cuerpo que el alma, el juez que impartía justicia. . . , el ingeniero que deslindaba terrenos y aconsejaba técnicas agropecuarias avanzadas, era incluso, el secretario de todo enamorado, el alcahuete de las muchachas, escribía la carta amorosa de Ella para El. El profesor era el que todo sabía, todo lo podía, todo lo hacía. Era un todólogo.

Pareciera que está hablando del profesor cardenista. Sin embargo, después comenta cómo las relaciones entre el profesor y los vecinos se

rompían al llegar la noticia de la reforma socialista, la cual, según algunos campesinos, “separaba a los niños de sus padres para llevárselos a Rusia y hacerlos jabón”.²⁴

El clero católico era una fuerza sobresaliente de la oposición ya que mantenía una estrecha relación con numerosos sectores de la población. No pocos sacerdotes, desde el púlpito, acusaban a los profesores de pertenecer a “la escuela del diablo y la perversión”, y exhortaban a los padres de familia para que evitaran enviar a sus hijos a la escuela, “preferibles burros”, decían.²⁵ Algunos hacían alianzas con terratenientes y caciques para armar grupos que eliminaran a los “bolcheviques”: “grupos de ricos y religiosos armaron a los bandoleros fanáticos con suficientes monedas para amedrentar a los maestros y hacernos abandonar los lugares en que trabajábamos”, así cuenta una profesora su experiencia, y agrega: “a un compañero mío de 19 años de edad lo colgaron en la hacienda de Santa Inés (Calvillo, Aguascalientes), decían que le habían colgado por comunista”.²⁶

Entre el grupo de cristeros reinaba la desinformación y las ideas distorsionadas sobre la educación socialista. En ella veían al anticlericalismo callista y la perversión sexual, tal como lo muestran las preguntas que le hicieron a un maestro raptado por los jefes de la gavilla de cristeros en Colima: ¿quiénes los mandan combatir la religión? ¿cómo se llama el jefe socialista regional? ¿por qué los profesores son ateos? ¿cuántos maestros comunistas hay en la región? ¿por qué enseñan educación sexual a los niños? etcétera.²⁷

La violencia llegaba al extremo de la tortura y el asesinato, fue la época de las maestras violadas y los maestros desorejados. La profesora Isabel Suárez, del estado de Puebla, recuerda varios acontecimientos cercanos a ella que dan testimonio de estas tragedias:

El profesor Carlos Záyago fue asesinado a tiros cerca de su escuela en presencia de uno de sus alumnos. . . el profesor Carlos Pastrana que se hallaba sentado en el escritorio del aula fue atacado por tres hombres y degollado de un machetazo. . . , una maestra fue raptada de su escuela en Aloluca y se la lle-

varon al cerro del Colihuí, donde fue violada.²⁸

La profesora María del Carmen Cano narra lo sucedido en San Felipe Torres Mochas, Gto., donde perdieron la vida varios maestros, en manos de personas azuzadas por sacerdotes, durante la clausura del trabajo de una misión cultural. El hecho provocó tal irritación en el presidente Cárdenas, que se trasladó al lugar para pronunciar un candente discurso, desde el púlpito de la parroquia, en el que criticó duramente a los sacerdotes y demás personas que habían dado lugar a los asesinatos.²⁹

Las medidas defensivas tomadas por el gobierno no fueron suficientes para frenar las hostilidades dirigidas hacia los maestros cardenistas. Con todo, no cesaron las acciones de los profesores en favor de las demandas de los grupos más marginados de la sociedad. Parecería que el más alto atributo del apostolado educativo, como el del religioso, consistía en dar la batalla por la vida ajena, a costa de la propia.

Sin duda, uno de los rasgos esenciales de la educación socialista, que destacaba entre los aspectos distintivos de la política del régimen, era la participación de los maestros en los problemas y asuntos vitales de las comunidades. La tarea educativa de la época se distinguía de otras por su amplitud de perspectivas al apoyar a implementar las reformas sociales dictadas por el gobierno. La educación ya no se consideraba como un instrumento civilizador contra la “barbarie”, como en la época vasconcelistas, ni tampoco como un medio de enfrentamiento directo contra el poder y la ideología del clero católico, como en el periodo callista. La educación socialista pretendía, sobre todo, revolucionar la práctica del profesor para vincular la escuela a la lucha social mediante la alianza con obreros y campesinos dispuestos a defender los preceptos constitucionales. Pero junto a esta acción educativa sin precedentes, coexistía indudablemente el continuismo.

En el conjunto de la política cardenista, los profesores significaban un elemento clave en el fortalecimiento de un estado altamente interventor que intentaba cumplir con los ideales de la

Revolución de 1910 en el marco de las nuevas exigencias que le imponía el desarrollo del capitalismo internacional. En este contexto, los maes-

tros eran entonces agentes importantes para implementar una política nacionalista y una economía moderna.

Notas

¹ Lázaro Cárdenas, "Discurso en apoyo de la Educación Socialista", en Gilberto Guevara Niebla, *La Educación Socialista en México (1934-1945)*, México, SEP-Caballito, 1985, p. 57.

² *El Nacional*, 9 de febrero de 1935, 2a. secc., p. 2, en Victoria Lerner, *La Educación Socialista, Historia de la Revolución Mexicana (1934-40)*, vol. 17, México, El Colegio de México, 1982, p. 83.

³ Aurelia Pérez, Relato no. 75, p. 4.

⁴ Catalina Ortiz, Relato no. 74, p. 4.

⁵ Efrén Galván, Relato no. 116, p. 8.

⁶ Florencio Cruz, Relato no. 70, p. 22.

⁷ Paula García, Relato no. 72, p. 17.

⁸ Catalina Ortiz, Relato no. 74, pp. 2-3.

⁹ William Brito, Relato no. 100, p. 35.

¹⁰ Aurelia Pérez, Relato no. 75, pp. 1-2.

¹¹ Adela Huizar, Relato no. 38, p. 13.

¹² José Calvo Simental, Relato no. 87, s/p.

¹³ Claudio Hernández, Relato no. 118, p. 10.

¹⁴ Paula García, Relato no. 72, p. 31.

¹⁵ Salvador Campuzano, Relato no. 99, p. 4.

¹⁶ Catalina Ortiz, Relato no. 74, p. 3.

¹⁷ William Brito, Relato no. 100, p. 50.

¹⁸ Adela Huizar, Relato no. 38, pp. 18-19.

¹⁹ Paula García, Relato no. 72, pp. 19-20.

²⁰ Gloria Arellano, Relato no. 98, p. 10.

²¹ Felipe Hernández, Relato no. 124, p. 21.

²² Paula García, Relato no. 72, pp. 19-20.

²³ José Calvo Simental, Relato no. 87, p. 27.

²⁴ José Sánchez, Relato no. 16, p. 7.

²⁵ Soledad Ponce de León, Relato no. 113.

²⁶ Aurelia Pérez, Relato no. 75, p. 1.

²⁷ Ricardo Guzmán, Relato no. 56, p. 28.

²⁸ Isabel Suárez, Relato no. 102, p. 7.

²⁹ Ma. del Carmen Cano, Relato no. 5, p. 14.

